

las profundidades de un valle, el pueblo escogido olvidaba los beneficios recibidos, y hacia sacrificios monstruosos á un dios de fundicion, que tenia ojos y no veia, y orejas y no oia!

Por esto el Señor, indignado, mandó á su siervo Jeremias delante de los prevaricadores, y les anunció la destruccion de su ciudad y de su reino en castigo de sus ingratitudes.—

Subimos por la falda del valle, saliendo de esta profundidad tenebrosa tan estrecha, que parece haber sido formada por la mano del hombre, y llegamos á una vasta necrópolis, donde hay infinidad de tumbas cavadas en la roca. Desde los primeros tiempos del cristianismo hasta el siglo XII, sirvieron estas tumbas de habitacion á los cenobitas, lo que hizo decir á Antonino de Placencia, en el siglo VI: *intra ipsa sepulchra sunt cellulae servorum Dei ubi fiunt multe virtutes*. Se cree comunmente que esta necrópolis es la antigua *Tofet*.

A poca distancia hay una grande piscina, llamada por los naturales estanque del Emperador (*Birket-el-Sultan*), y que los cristianos han tomado por la piscina de Betsabé ó Inferior. Es una construccion grandiosa, formada en el valle de Hennon, por medio de un dique terrible que lo cierra. Está enteramente abandonada y en seco. Por allí pasa un acueducto que atraviesa el valle, llamado acueducto de Salomon por los cristianos, atribuyéndose esta obra á ese gran rey, aunque sin causa que lo justifique. Se le da tambien el nombre de Poncio Pilato, por haber sido restaurado por este pretor á expensas del tesoro del Templo.

De allí á poco entramos en Jerusalem por la puerta de Jaffa (*Bab-el-Khalil*). A principios del siglo IV, el emperador Adriano colocó sobre esta puerta la estatua de un cerdo de mármol, y prohibió á los judíos bajo pena de muerte, que se aproximaran á la distancia de quinientos metros de ella. El hermano Lavinio dice á propósito de esto lo siguiente:

«Los judíos son los únicos extranjeros á quienes actualmente se prohíbe habitar la Palestina sin especial permiso de la autoridad. Es

costumbre que al advenimiento al trono de Constantinopla, de cada nuevo sultán, el gobernador de Jerusalem entregue al *nekil* (jefe de los judíos) las llaves de la ciudad en la puerta de Jaffa. Esta donacion es simbólica y quiere decir, que se concede á los israelitas permiso para habitar y circular libremente en la Palestina. Si el gobernador olvida dar la llave ó padece alguna tardanza, permanecen los judíos prisioneros dentro de los muros de Jerusalem, y son considerados como cautivos. Al advenimiento de *Abdul-Aziz*, el gobernador padeció este olvido, casual ó voluntario, y los judíos pasaron tres dias de esclavitud, como los de Egipto y Babilonia.»

Regresamos al convento. Sentíame sumamente fatigado. Comí á toda prisa y me refugié en mi celda. Apenas habia tenido tiempo de arrojar me en el lecho, cuando oí llamar á mi puerta. A la voz de *adentro* apareció Mussa.

—Usted perdone, me dijo, si vengo á interrumpir su reposo; una grave necesidad me obliga á pedir á vd. me escuche algunas palabras.

Respondíle que no me molestaba en lo mas mínimo, y le invité para que tomara asiento.

Mussa era un viejo como de sesenta años, de tez blanca y sonrosada, ojos negros, nariz aguileña, y blanca barba larguísima y venerable. Su rostro tenia la gravedad y melancolia comunes á los individuos de su raza. Iba vestido con anchos calzones, largo albornoz, chaleco de gamuza amarilla, chinelas de cuero negras y enorme turbante blanco que le dejaba descubierta la frente.

—Señor, me dijo, vengo á molestar la atencion de vd. refiriéndole mis desgracias, para que de ellas se conduela y en algo las alivie.

Refirióme en seguida que era el mas antiguo dragoman de Jerusalem; que ejerciendo su oficio habia llegado á hacer fortuna á los cuarenta años; que entonces habia pasado á Francia, de donde era oriundo, y habia establecido en Marsella un comercio que habia caminado prósperamente; que dos hijas que tenia habian sido seducidas, y que su mujer misma, aunque vieja, lo habia abandonado. Este

fué el origen de su desgracia, pues á consecuencia de lo mucho que habia sufrido, se vió atacado de una enfermedad mortal que lo pos-tró en el lecho durante largos meses. Sus intereses quedaron abandonados á ajenas manos, y mal administrados ó defraudados vilmente, desaparecieron en breve, dejándolo sumido en la miseria. En aquella situacion, recurrió á la *omnipotencia judía*, al banquero Rostchild, demandándole su amparo para poder regresar á Jerusalem, donde queria terminar sus dias. Despues de multitud de cartas dirigidas al banquero, recibió una órden que este le mandaba para que le fuesen entregados veinte francos en una casa de comercio. Mussa se echó á reir de la dádiva del millonario, y rompió con desprecio la ordencita.

Aconteció, pues, que en esos dias murió la mujer de Mussa arrepentida, é hizo llegar á poder de este una sentida carta en que le pedia perdon por su mala conducta, y las alhajas que se habia llevado consigo. Mussa vendió las alhajas, y con su importe regresó á Jerusalem, donde algunos años despues volvió á casarse y á tener hijos. Actualmente su familia se componia de doce personas, contando sus hijos, su mujer y su suegra; y como el trabajo escaseaba y se ganaba tan poco, Mussa y su familia estaban hambrientos, cubiertos de harapos y viviendo en una pocilga oscura, hedionda y húmeda.

La visita de Mussa tenia, pues, el objeto de pedirme algun socorro para aliviar su miseria.

Movido á compasion por su relato, dí al judío algunas piastras. Mussa recibió mi dádiva con lágrimas en los ojos: se apoderó de mi mano y estaba empeñado en besármela, pero no quise permitirlo de ninguna manera; entonces Mussa sacó del saco una cajita de carton, y de ella un alfiler que me ofreció como regalo. Era el alfiler de plata, y su cabeza estaba formada por un enorme grano de trigo de los que produce la Palestina. Sobre la superficie de este grano estaba escrita, en caracteres hebreos de tamaño microscópico, toda la descripción bíblica de la tierra de Caanan, donde se pondera su fertilidad prodigiosa. Aquel objeto era extremadamente curioso, tanto por

el grosor colosal del grano de trigo, como por lo laborioso y delicado de la escritura que tenia encima.

Devolví el alfiler á Mussa elogiándolo al mismo tiempo, y le supliqué no insistiera en ofrecérmelo, porque me ofendia en ello. El judío tornó á encerrarlo en la cajita y á meterse esta dentro del chaleco de gamuza.

Seguimos todavía conversando durante algunos momentos, y entonces me refirió Mussa que Rostchild habia estado en Jerusalem hacia algunos años, pero que no se habia dado á conocer á sus correligionarios; que algunos de ellos habian sorprendido su secreto, y que el millonario se habia visto obligado á repartir diez mil francos (dos mil pesos) entre los pobres judios de Jerusalem. Como los judíos miserables que habitan Jerusalem no son menos de ocho mil, Mussa no percibió mas que un franco en el dividendo, cuyo franco no le fué de grande utilidad, ni lo sacó de un golpe de su situacion desesperada, como muy bien puede comprenderse.

§ VI

LLANTO DE LOS JUDIOS.

Febrero 16.

Amaneció el viérnes, dia de fiesta religiosa para los judíos, en que se reunen para llorar juntos sobre las ruinas del Templo, evocando los recuerdos de su historia. A las tres de la tarde tiene lugar esta ceremonia, que, por otra parte, se repite á todas horas y todos los dias entre semana, aunque sin ninguna pompa. M. Delestre y yo nos levantamos al rayar el dia llenos de impaciencia porque se llegara el momento de presenciar tan singular é imponente espectáculo.

Entretanto llegaban las tres de la tarde, tratamos de divertirnos visitando la *Casa Nuova* y el convento de San Salvador, y vagando libremente por las calles de la ciudad sin rumbo ni punto fijo.